

ha fructificado en su corazón. La paciente y constante labor de San Ignacio ha logrado su objetivo.

Así, Francisco de Xavier está con Ignacio y los demás compañeros en Nuestra Señora de Montmartre el 15 de agosto de 1534 y hace con ellos el voto de ir a Jerusalén, volver a ponerse en las obediencias del Papa y alejarse de parientes e intereses terrenos para encaminarse más libre y eficazmente hacia Dios. Después del voto, en aquellas mismas vacaciones, todos hacen ejercicios; del fervor con que a ellos se entrega Francisco da testimonio el mismo San Ignacio: «Maestro Francisco ultra de su abstinencia grande, porque era en la isla de París uno de los mayores saltadores, se ató todo el cuerpo y las piernas con una cuerda reciamente; y muy atado, sin poderse mover, hacía las meditaciones».

Poco después, en Italia, cuando se dedican al servicio de los enfermos del hospital en Venecia, mientras esperan oportunidad para cumplir su voto de ir a Tierra Santa, el antes ambicioso hidalgo don Francisco de Jassu y de Xavier da nuevas pruebas de su maravillosa transformación en el abnegado e inquebrantable Francisco; entonces, entre otros, lleva a cabo aquel heroico acto de chupar el pus de la llaga de un enfermo para vencer las repugnancias de la naturaleza.

Ejemplares son —ejemplos de la misma lección suprema— sus andanzas en aquellas inmortales jornadas de la fundación de la Compañía de Jesús, ya ordenado sacerdote. Su ansia de trabajo y sacrificio es realmente superior a lo mucho que hace y ha venido haciendo. Le tortura precisamente el afán de mayor ocupación: despierta a veces sudoroso, angustiado, gritando: «¡Más, más, más!...» Y era que soñaba hallarse en grandes peligros y trabajos por el servicio de Dios, cuya gracia le sustentaba y fortalecía para pedir otros mayores.

Y otros mayores alcanza. El 7 de abril de 1541

parte como misionero a las colonias portuguesas de Indias. Aquel mismo día cumplía treinta y cinco años.

Su corazón palpita fuertemente de gozo, de ímpetu sublime, de ansia inmortal: va a llevar el conocimiento de Jesucristo a millares de infieles, va a dilatar los confines de la iglesia católica, va a llevar la luz a miles de almas inundadas de tinieblas.

Desde el momento de zarpar ya siente en su carne y en su alma que ha encontrado el molde para el cual fué hecho. Todo el vigor y el tesón de su acusada personalidad encuentra al fin el amplísimo cauce por el que ha de desbordarse. El navarro Francisco Javier, hecho de una pieza, todo él destinado al servicio de Dios, alcanza sin desmayos todas las fatigas, todos los trabajos, todas las penalidades y sufrimientos, todos los sacrificios de aquella magna empresa. Empresa gigantesca en verdad, pero gigantesco también es su espíritu.

Su primer destino es la sede episcopal de Goa (adonde llega en mayo de 1542), mas no permanece en ella mucho tiempo, aunque su estancia allí sea laboriosa y fructífera; sigue, porque es la suya labor de apóstol: explorar nuevos reinos, organizar las primeras cristiandades. Que otros recojan los ópimos frutos de su ministerio.

Es difícil imaginarse el trabajo inmenso que significa su labor de cristianización. Del ahinco y fervor con que a él se emplea podemos darnos una idea por lo que escribe a Roma: «Es tanto la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en estas tierras donde ando, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el credo y los mandamientos en su lengua de ellos y las otras oraciones».

Y no es esto sólo: había de buscar personas que, entendiendo algunas de las lenguas conocidas por él, fueran capaces de ayudarle a transmitir a aquellas toscas lenguas los altísimos misterios de la fe; formar un catecismo elemental